

Prólogo de José Manuel Naredo a la edición de Díaz&Pons del libro de Ivan Illich *El derecho al desempleo útil*

Sobre el contexto

Escrito en inglés, en 1973, □ tres años antes de que cerrara sus puertas el emblemático Centro Intercultural de Documentación (el CIDOC) liderado por Illich durante un decenio en la localidad Mexicana de Cuernavaca □ *El derecho al desempleo útil*, sintetiza la denuncia de aspectos y mecanismos que, trascendiendo el mapa político ordinario, siguen amenazando a nuestra sociedad sin que nos demos cuenta de ello, arrastrándola, en nombre de la libertad y de la democracia, hacia situaciones cada vez más opresivas y destructivas del patrimonio cultural y natural. Sintetiza igualmente algunas de las preocupaciones más relevantes de Ivan Illich sobre la deriva opresiva y despótica de la sociedad industrial. Y estas reflexiones tienen lugar en una época ya madura de su pensamiento, que le permite apuntar lúcidamente tendencias y evoluciones técnicas y sociales que la realidad acabó confirmando y revisar críticamente algunos de sus juicios anteriores sobre ejemplos o posibilidades de cambio positivos que se acabaron torciendo.

Podemos decir que las ideas de Illich formuladas hace cuarenta años siguen siendo sugerentes para desvelar tendencias y problemas actuales. Sobre todo cuando los tiempos de crisis de los años setenta del pasado siglo a los que se refiere el autor, muestran marcados paralelismos con los tiempos actuales. El problema estriba en que la radicalidad de sus críticas puede hacer que parezcan hoy descontextualizadas. Cuando la agresividad del poder en la defensa de intereses bien particulares ha forzado la privatización de los servicios educativos, sanitarios o de transporte, cuando los movimientos sociales tratan de preservar lo público frente al saqueo del que es objeto, el pensamiento crítico se ha batido en retirada, tratando de defender lo público frente a lo privado sin poner en cuestión la propia naturaleza de los sistemas educativos, sanitarios o de transporte que son el objeto de la crítica de Illich. Pues con independencia de que su gestión sea más o menos pública o privada, Illich considera que esos sistemas, no sólo amenazan la autonomía y la libertad de las personas, sino que a medida que se expanden atentan contra el disfrute generalizado de los deseos de conocimiento, salud y movilidad que prometían colmar al inicio. Por eso el pensamiento de Illich resulta hoy inusualmente sugerente al trascender la mera defensa de lo público frente a lo privado para poner el dedo en la llaga de procesos degradantes de la naturaleza y la cultura que operan en la sociedad industrial, a la vez que denota lo poco que se ha avanzado en la radicalidad y extensión de las críticas a la “sociedad de consumo” respecto las desarrolladas en los años setenta del pasado siglo XX.

A todo ello hay que sumar que sin tratar específicamente la cuestión de la economía, la obra de Illich desmonta la ideología económica dominante con sus críticas a las supuestas bondades de la *sociedad de consumo* y del *desarrollo económico*. A ellas se añade además la crítica a la noción de *trabajo*, constitutiva también de la idea usual de sistema económico, y a las “profesiones inhabilitantes”, temas sobre los que se centrará más en este libro.

Críticas a la “sociedad de consumo”

Illich pensaba que la especie humana ha dominado el “arte de convivir con las limitaciones del entorno” durante toda su historia, sin por ello sentirse pobre o necesitada. La adaptación de la agricultura tradicional a las vocaciones del territorio o de la arquitectura vernácula a los materiales del entorno, hacían que la población se alimentara de las cosechas, o habitara las edificaciones, propias de cada lugar, como lo normal y lo correcto, sin añorar ni requerir las que tenían lugar en otros territorios. Sin embargo, Illich subraya que la sociedad actual ha destruido ese arte de saber convivir con limitaciones, desatando en las personas deseos ilimitados de determinados *bienes* y *servicios*, cuya carencia no sólo es motivo de frustración, sino que se considera que atenta contra la propia dignidad personal: el ascetismo voluntario, tan valorado socialmente en otras culturas, ya no tiene cabida en la nuestra en la que la condición de *pobre* se ha convertido en insulto.

Illich analiza los mecanismos ideológicos e institucionales que multiplican los deseos y desatan la emulación de ciertos patrones de vida representativos de *status*, transmutando las limitaciones en necesidades sentidas y sufridas por la mayoría de la población en términos de carencias y aceptadas sin discusión por los Estados y los técnicos como requisitos sistémicos a resolver en nombre del bienestar y del progreso. Siguiendo la línea argumental anticipada por VEBLEN (1989), concluye que el afán de emulación desatado conduce a un “estado de insatisfacción crónica”, en el que la meta de las necesidades se desplaza más rápidamente que los medios de que dispone la mayoría de la población para alcanzarla, cosa que ocurre desde en los EE.UU hasta en los más paupérrimos países africanos. Illich llega a presentar así al *homo economicus* como un eslabón intermedio en la transfiguración de la naturaleza humana desde el *homo sapiens* hasta el *homo miserabilis*: “Al igual que la crema batida se convierte súbitamente en mantequilla, el *homo miserabilis* apareció recientemente, casi de la noche a la mañana, a partir de una mutación del *homo economicus*, el protagonista de la escasez. La generación que siguió a la Segunda Guerra Mundial fue testigo de este cambio de estado en la naturaleza humana desde el hombre común al hombre necesitado (*needy man*). Más de la mitad de los individuos humanos nacieron en esa época y pertenecen a esta nueva clase” (ILLICH, 1992, p. 88 de la edición original en inglés). En el presente libro Illich insiste en la ceguera voluntaria del enfoque económico ordinario hacia el doble proceso que genera la sociedad industrial y que desata la *miserabilización* antes indicada: el doble proceso de creación de nuevas necesidades y de destrucción de antiguas utilidades que la naturaleza y la sociedad brindaban libremente a las personas, haciéndolas así cada vez más dependientes del dinero para comprar lo que antes no necesitaban u obtenían sin pagar nada por ello.

Críticas a la mitología del desarrollo económico

En consonancia con lo anterior Illich recuerda que los cerca de cinco mil millones de individuos pertenecientes al *homo sapiens* que vivieron en la Tierra desde los comienzos de la Edad de Piedra hasta la Segunda Guerra Mundial, “constituyeron diez mil generaciones y vivieron miles de estilos de vida diferentes, hablando innumerables lenguas distintas. Fueron esquimales y pastores, pescadores, marineros y nómadas, cada modo de vida encuadró de modo distinto la condición única de ser humano: en torno a la azada, al huso, a las herramientas de madera, bronce o hierro. Pero en cada caso ser humano significó la aceptación de las limitaciones del entorno y las reglas comunitarias” (ILLICH, Ibidem, p. 88). En este contexto, la multiplicación de necesidades y la destrucción de utilidades mencionada vino a proporcionar una

fundamentación filantrópica a la superdestrucción de culturas que diariamente se practica en nombre del desarrollo, a la vez que explica el fracaso de éste para erradicar la pobreza. Pues Illich constata que el desarrollo no mejora de entrada las condiciones de vida de las sociedades tradicionales *periféricas* al capitalismo, sino que provoca su crisis, sin garantizar alternativas solventes para la mayoría de la población implicada, originando situaciones de penuria y desarraigo mayores de las que se prometía corregir al principio. Desde esta perspectiva Illich retrata al desarrollo del siguiente modo: “el desarrollo es como una ráfaga de viento que arranca al pueblo de sus pies, lejos de su espacio familiar, para situarlo sobre una plataforma artificial, con una nueva estructura de vida. Para sobrevivir en este expuesto y arriesgado lugar, la gente se ve obligada a alcanzar nuevos niveles mínimos de consumo, por ejemplo, en educación formal, sanidad hospitalaria, transporte rodado, alquiler de vivienda...” (ILLICH, *Ibidem*, p 96). Y para ello es necesario disponer de unos ingresos que el desarrollo escatima a la mayoría de la población, desatando el proceso de miserabilización antes indicado. Proceso que se acentúa porque las nuevas necesidades aparecen como algo ajeno a las personas desarraigadas y a sus posibilidades directas de hacerles frente (como antes hacían mediante huertos, animales domésticos, caza o recolección de frutos silvestres, autoconstrucción tradicional, etc.); se generan así *millones de fugitivos* que intentan escapar hacia esos escaparates de la sociedad de consumo que son las grandes metrópolis y los países metropolitanos de nuestro tiempo, donde las personas carentes de trabajo e ingresos quedan a expensas de la limitada beneficencia pública o privada o de la interesada tutela de mafias y explotadores diversos, cayendo con facilidad por la pendiente de la marginación social.

Illich en el presente libro ilustra con ejemplos el hecho antes mencionado de cómo el enfoque económico ordinario, con su reduccionismo monetario, ignora la multiplicación de necesidades y la pérdida de satisfacciones y el consiguiente proceso de *miserabilización*. Se ponen ejemplos de cómo se van liquidando satisfacciones y/o utilidades que desde antiguo venía brindando el entorno ecológico y social a las personas, para para mudar su autonomía en dependencia del sistema económico, con su carrusel de la *producción*, el *consumo* y el *trabajo*. Este proceso culmina en el absurdo de sectores de actividad que a medida que se expanden generan resultados contradictorios con sus propios fines, ilustrados con casos en las tres principales áreas de los servicios estudiadas por Illich: *la educación*, *el transporte* y *la sanidad*. Cuando el motor sustituye y anquilosa el músculo e inmoviliza en embotellamientos, cuando la instrucción escolar apaga la curiosidad y atonta a los niños, o cuando la medicina hospitalaria genera enfermedades o asocia la salud al insumo permanente de servicios y fármacos, la calidad de vida de las personas se hace cada vez más y más dependiente de objetos y sistemas artificiales cada día más costosos que tienen que pagar ya sea directamente o con impuestos. Precizando algo más este libro tiene algunas frases antológicas, como la que subraya, por ejemplo, que incluso las escuelas que prometen una educación igualitaria, suelen hacer evaluaciones y espolear la competitividad generando de hecho “una meritocracia diferenciadora y degradante, así como una dependencia crónica de la tutoría”; al igual que “los vehículos invitan recorrer distancias cada vez mayores” para llegar al trabajo, al colegio, centro comercial o de ocio, etc, etc. En suma, que las personas se ven sometidas a sistemas en expansión que no controlan, siendo □según Illich□ víctimas del “totalitarismo de los expertos”, que la gente asume de buen grado al creer ilusoriamente que podrá alcanzar todas sus metas mediante la adquisición de bienes y servicios, soslayando la importancia que tienen en el disfrute de

la vida las relaciones sociales y los valores de uso no mercantilizados que el sistema acostumbra a recortar.

Críticas al trabajo

Pero la máquina económica, a la vez que destruye utilidades y genera nuevas necesidades a satisfacer mediante el *consumo*, trata de ampliar la *producción* y el *trabajo* remunerado encargados de abastecerlas, todo ello dentro de la idea usual de *sistema económico*. Illich completa su crítica extendiéndola al crecimiento indiscriminado de los agregados de *producción* y de *trabajo* que dañan el entorno ecológico y social o generan resultados contradictorios con las finalidades a las que se asociaban en principio (es cuando, por ejemplo, como hemos apuntado, la medicina enferma, la educación atonta... o el transporte aleja o inmoviliza). Pues, como es sabido, los agregados monetarios de *producción*, *consumo* y *trabajo* que integran el carrusel del *sistema económico* en las Cuentas Nacionales están estrechamente asociados: no puede haber *producción* sin *trabajo*, ni *consumo* sin *producción* (por ejemplo las tareas domésticas o de cuidados no remuneradas, no son para el sistema ni *trabajo*, ni *producción*, ni *consumo*, sólo pueden serlo si están remuneradas). De ahí que Illich critique también ese *trabajo* generalmente compulsivo y dependiente que sirve a las necesidades expansivas del *sistema económico*, asociando ambas cosas. Y de ahí que hable de “profesiones inhabilitantes” para subrayar que la sobredosis, por ejemplo, de economistas, sociólogos, psicoanalistas... o ambientalistas no endereza, sino que tutela el rumbo de la evolución ecológica y socialmente degradante que nos impone la máquina económica. Tal vez habría que matizar algo más distinguiendo entre los profesionales serviles a, o abducidos por, la máquina económica y el poder político que la mantiene, y aquellos otros que reflexionan más libremente y que ponen su conocimiento al servicio de la gente.

Advierte Illich que la creciente dependencia de las personas del sistema económico no solo resulta de la creación de nuevas necesidades, sino de hacer también que muchas de las antiguas necesidades (de vivienda, alimentación, vestido, aprendizaje, etc.) que la gente resolvía por su cuenta, se tengan que satisfacer ahora dentro del mismo. Esto se fuerza exigiendo certificados profesionales y normas de fabricación que, con el pretexto de asegurar cierta calidad, dejan en la ilegalidad cualquier intento de la gente de resolverlos por su cuenta (por ejemplo, hoy queda fuera de la ley esa autoconstrucción apoyada en los materiales del entorno y el *savoir faire* local que originó el grueso de la arquitectura vernácula, con logros importantes en economía, estética y funcionalidad, sin exigir títulos ni certificados). De ahí que en este libro Illich desinfle “la creencia de que la reivindicación pública de derechos ciudadanos conduce inevitablemente a la protección de las libertades, cuando en realidad la autonomía ciudadana desaparece en el momento en el que la sociedad deposita en profesionales la legitimación para definir esos derechos [...]: la presión política para la promulgación de cada derecho genera nuevos trabajos y bienes, y cada nuevo bien degrada una actividad a la que la gente fue capaz de hacer frente de modo autónomo”. Esta pérdida de libertades que supone recortar las utilidades que se generan de modo autónomo más allá del *sistema económico*, del *trabajo* retribuido y del control profesional, es para Illich “una de las experiencias más penosas e innombradas que trae esta modernidad empobrecedora... [al negar] la capacidad de ser útil a uno mismo y a los demás fuera del puesto de trabajo”...

“Así □insiste□ el “desempleo” es visto como una forma de pereza ociosa antes que como la libertad para hacer cosas útiles...” [Ibidem]. Pues Illich no solo considera el tiempo generalmente poco gratificante que la gente inmola al trabajo, sino también al tiempo sometido a lo que él ha calificado de *trabajo sombra* (*shadow work*), que comprende el tiempo destinado a las múltiples tareas nada placenteras que las empresas y administraciones cargan cada vez más sobre las personas para rebajar sus costes, forzando a la gente a recorrer cada vez mayores distancias o a caer en embotellamientos a diario para ir al trabajo, al centro comercial, a la universidad; como también se obliga a la gente a cumplimentar, imprimir y presentar numerosos formularios para buscar trabajo, para cobrar el paro, para promocionarse, para declarar y pagar impuestos;...o cómo la gente ve invadida su intimidad por inventos que devoran su tiempo o colonizan su mente con anuncios, juegos o sandeces de índole diversa. Todo lo cual lleva a Illich a considerar “que, actualmente, el privilegio más representativo del estatus social más alto bien podría ser algún vestigio de autonomía para un ocio creativo, que se niega cada vez más a la mayoría de la población” [Ibidem]. De ahí que Illich, en paralelo al tan traído y llevado *derecho al trabajo*, defienda lo que podríamos traducir como *derecho al desempleo útil* (*useful unemployem* en inglés) proponiéndolo como título de este libro. En la presente edición estimamos que este título está ajustado al significado de fondo de lo que se quiere comunicar siempre y cuando la palabra *desempleo* se refiera al tiempo de la gente no gobernado por el mercado de trabajo, considerado normalmente como tiempo “libre” o de “ocio”. Cabe subraya así que, en el título de este libro la palabra *desempleo* se refiere al tiempo “libre” en general, no sólo al de los parados o desempleados, sino al de todas las personas, ya sean activas o jubiladas, ya estén empleadas o desempleadas.

-Conclusiones

A mi juicio todo lo anterior se refleja en un indicador que muestra, en ecología, el estado de decadencia o declive de los (eco)sistemas: es la fracción cada vez más reducida de los recursos utilizados que se plasma en verdaderas ganancias de información asociada normalmente a un enriquecimiento de la vida. En nuestro caso esta fracción se reduce debido al creciente consumo de recursos que reclaman las funciones (e infraestructuras) de transporte, de gestión, de servicios meramente defensivos y de control administrativo, ideológico ...o policial y militar del statu quo, asociadas a la inflación arriba mencionada de personas que ejercen “profesiones inhabilitantes”. Al extenderse a escala planetaria este proceso que acompaña al funcionamiento expansivo de la máquina económica se desencadenan al decir de Illich, no sólo cuatro, sino muchos más jinetes del Apocalipsis. Estos jinetes se sintetizan en un deterioro ecológico y una polarización social cada vez más acrecentadas que, a juicio Illich, indican que “la época del desarrollo ha llegado a su fin”: postula que el planteamiento de las necesidades apuntado más arriba “es un hábito social adquirido en el siglo XX, y un hábito que tendrá que ser abandonado en el próximo siglo XXI” (ILLICH, 1992, p. 90). El reconocimiento de este hecho supone *catastrofismo*. Su ignorancia supone *cinismo*. De ahí que la presente encrucijada nos lleve, según Illich, hacia el dilema de señalar el actual avance hacia un horizonte a la vez inviable e indeseable o de cerrar los ojos a esa evidencia; un dilema que nos induce a *fomentar inquietudes y pánicos* o a *adoptar un cinismo conformista*.

Referencias bibliográficas

ILLICH, I. (1992) *Needs*, en *The Development Dictionary: A Guide to Knowledge as Power*, Sachs, W. (Ed.), Londres, Nueva Jersey: Zed Books, hay traducción en español del Centro de Aprendizaje Intercultural (CAI), Cochabamba, Bolivia, 1997.

VEBLER, T. (1899) *The Theory of Leisure Class. An Economic Study of Institutions*, Nueva York, Mac Millan Co. (Hay traducción en español del FCE, México, 1995).

Sobre la génesis y evolución de la idea usual de *sistema económico* véase: **NAREDO, J.M.** (2015) *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Madrid, Siglo XXI.